

El Señor está entre nosotros, dando agua viva

Juan 4:5–26

La lectura en Éxodo cuando el pueblo reclama a Moises por la falta de agua, “el pueblo tuvo allí sed, y murmuró contra Moisés, y dijeron: Danos agua para que bebamos (Ex 17:2) se contrasta con el agua viva que Jesús le da a la mujer samaritana, que se muestra muy dispuesta a recibirla.

Imaginándonos esta escena, podemos preguntarnos:

*¿Cómo es posible que Jesús sea el Mesías de los judíos y, sin embargo, esté ahí, con sed, y esta allí para todo el mundo?*

Esta conversación y reflexión entre Jesús y la samaritana nos sirve para poner en relieve, o bajo la lupa, no sólo lo que vino a hacer, sino para quién vino a hacerlo.

Otra pregunta que podemos nosotros hacernos y quizás la realizamos frecuentemente:

*¿Está el Señor entre nosotros o no?*

Esa fue la pregunta que el pueblo de Israel le hizo a Moisés en Éxodo 17 (v 2). Estaban cansados de correr, muy cansados y por, sobre todo, tenían sed. "Danos agua para beber" parece una petición razonable, ¿no? Y, sin embargo, bajo su petición hay un reclamo, una inconformidad, un deseo de que obtendrían todo tal como lo querían, cuando lo querían y cómo lo querían.

Esta misma actitud era lo que la mujer samaritana también estaba acostumbrada a ver en el pozo. La gente vino de todas partes para sacar agua del pozo. Era el pozo de Jacob, después de todo. La gente venía de todas partes en ese clima desértico para descansar y refrescarse en las aguas de Jacob. Cuando Jesús viene y se sienta junto al pozo, esta mujer piensa que es como todos los demás. Ahora, en cierto modo, él es como todos los demás. Pero en última instancia, esta mujer aprende quién es Jesús, y lo que el agua viva que ofrece realmente le dará.

1.

Para la mujer Samaritana, Jesús parece como todos los demás, un hombre más que se acerca al pozo para beber agua.

Y puesto que Jesús está cansado de su viaje, a la mujer le es fácil reconocer que desea agua, seguramente por el cansancio mostrado en su rostro y el sudor que corría por su frente.

Los viajes realizados por Jesús son parte de su comportamiento, de su accionar, de ser parte del mundo y todas sus otras maneras lo hacen parecer como todos los demás.

Por lo tanto, con esta imagen, la mujer espera que él sea como todos los demás.

En algún momento, cambia la escena, la mujer se sorprende de que incluso Jesús intercambiara palabras con ella, y, más aun, se sorprende de que le pidiera agua (v 8).

La mujer samaritana, conocía como reaccionaban los hombres, después de conocer a seis hombres en su vida, probablemente solo estaba acostumbrada a que todos los hombres quisieran de ella lo que ellos deseaban, y cuando lo querían.

De alguna manera, nosotros también pensamos que Jesús es parecido a las demás personas.

Pensamos que actúa y reacciona como todos los demás, que nos da lo que queremos si hacemos algo de lo que nosotros creemos que él quiere que hagamos, antes o después nos dará lo deseado.

Por ejemplo, que queremos nosotros que haga con esta congregación, que tengamos más de 50 miembros, estaría bien, pero entonces tendremos nosotros que realizar muchas obras, dar aporte económico a organizaciones de ayuda, pero ese aporte condicionado para que logremos nuestro objetivo, anuncios, realizar grandes comidas, entretenimiento con música popular etc.

Deseamos nosotros ahora de Jesús que nos quite ese dolor en el cuerpo que nos agota, pero para ello tenemos que traer a otras personas a nuestra congregación para que seamos más aquí, o que debemos de mostrarnos muy espirituales ante los demás, falsamente.

Es así como, muchas veces solo se le considera a Jesús, como un personaje especial histórico o tal vez un compañero de conversación para quitarnos el aburrimiento, o lo consideramos un proveedor de nuestros deseos, pero no un amigo y hermano amoroso e íntimo, y a veces mucho menos nuestro salvador, quien murió en la cruz por nosotros, nuestro proveedor de la vida eterna.

2 Jesús se revela a la mujer como el Agua Viva.

Al pedir agua, Jesús le muestra a la mujer su humanidad, su cansancio, su agotamiento, su dolor, él necesita las mismas cosas que ella necesita.

Y las palabras de Jesús van más allá de lo que el oído puede escuchar y el ojo puede ver.

Él es el que da agua (v 10).

“Respondió Jesús y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva”

¿Cuál es el don de Dios? al que se refiere nuestro Señor, podría traducirse: "Si conocieras el regalo de Dios, es decir, el que te habla". Ya sea que esta sea la mejor traducción o no, el punto es que el regalo es de Dios y no algo que es mágico o hecho por propias obras o méritos.

Jesús le muestra a la samaritana su condición, su necesidad de agua de vida. (V16). Cuando le dice que llame a su esposo, él no estaba pidiendo información; Él estaba exponiendo su sed, su profunda sed.

"Ve, llama a tu marido y ven aquí" es el bisturí penetrante de la Ley, “penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón (Heb 4:12).

La Ley nos deja desnudos ante Dios y su justo juicio. Vemos claramente el cómo y el porqué de nuestra sed. La sed creada por nuestro pecado, nuestro pecado se ve por lo que es, y ahora no se puede negar un espíritu totalmente deshidratado.

Y en la conversación, la mujer samaritana, reconoce que un Mesías ha de venir:

Sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo; cuando él venga nos declarará todas las cosas. <sup>26</sup>Jesús le dijo: Yo soy, el que habla contigo (Jn 4:25–26).

Y este salvador, el Señor está entre nosotros, dando agua viva continuamente, de hecho, todos lo reconocemos *como* el Agua Viva. Así como Jesús reveló tales cosas a la mujer, así también te las revela a ti hoy.

Jesús reconoce tus necesidades humanas básicas mostrándote las suyas.

Él no es un personaje histórico, una leyenda, un proveedor de nuestro caprichoso ego, sino Dios quien se convirtió en lo que somos, humanos, para redimirnos, incluso muriendo como nosotros debemos morir.

Esta revelación cambia lo que ves ante ti.

Ya no ves a Jesús como alguien con quien debes tratar, sino, en fe, como alguien que te ama, por lo que hizo y hace por ti.

Ya no nos preocuparemos tanto de que nuestra congregación no tenga tantos miembros como soñamos, cuando lo vemos con los ojos de la fe en Cristo, esperamos con confianza, puesto que él tiene su plan único.

Que pasa con nuestro dolor, cuando descansamos en la fe con Cristo, comprendemos y aceptamos nuestra realidad, confiando solo en él.

Esto te libera para mirar a Jesús como fuente de amor, y también para ver a tus propios samaritanos como hijos del Padre celestial.

Podemos nosotros entender el sufrimiento, la sed de otros y llevarles el mensaje del agua viva. El mensaje de que Cristo, vino a nosotros y sufrió al igual que sufrimos, pero nos trae el sabor agradable del agua viva.

3

Jesús ha venido al mundo para que podamos verle y estar en comunión con él. Él es quien da agua viva, para que nunca tengas sed. Él es quien te conoce por lo que eres y te ama hasta la cruz y la muerte.

En el Éxodo, el pueblo mostraba su inconformidad al Señor porque no entendían lo que les daba. Él no vino simplemente a rescatarlos de sus opresores. Vino para ser su Dios, su Salvador, su Mesías. Fue verdad para ellos, fue verdad para la mujer samaritana, y es verdad para ti.

Por eso, tu forma de mirar a Jesús y a los que te rodean es diferente. Ves su humanidad básica. No son ni judíos ni griegos, ni esclavos ni libres, ni samaritanos ni galileos, ni blancos ni negros ni amarillos ni morenos ni de ningún otro color. Son seres humanos, hechos a imagen de Dios. Y ellos también necesitan el agua viva, que sólo Él puede dar.

Así que ven, recibe el don de Dios en el cuerpo y la sangre de su propio Hijo. Él se da a sí mismo libremente. Les invita a venir, a comer y a beber. Les llama su pueblo, que ahora le adora en espíritu y en verdad.

Es lo que son, lo que Él los ha hecho ser en las aguas del Santo Bautismo.

Amén.